

PRÓXIMO NÚMERO:

La interesante y sugestiva  
comedia dramática

## Directo de París

Grandiosa novela-film, interpretada por la  
eximia artista CLARA KIMBALL YOUNG,  
tan estimada de nuestros públicos.

Grandioso éxito.

Bellas y numerosas escenas.

POSTAL-FOTOGRAFIA:

**ALICE TERRY**

Salé todos los miércoles. Precio: 25 cts.

**ATENCIÓN:** ¿Ya tiene usted com-  
pleta la colección de nuestras novelas  
y postales? - ¡PROCÚRELO!

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

**N.º 36**

**25 cts.**



«SAPHO»

por

**Pola Negri**

Filmoteca  
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA**

---

Redacción } Gran Via Layetana, 17  
Administración } Teléfono 4423-A  
BARCELONA

AÑO II

N.º 36

---

---

# SAPHO

por la eximia artista  
**POLA NEGRI**

---

Argumento del cinedrama pasional, exclusividad de la  
"CASA DE ESPAÑA", de Berlín

CONCESIONARIOS:

**Compañía Hispano-Alemana,  
S. A. «CHASA»**

Rambla de Cataluña, 62 - BARCELONA

---

---

Es «Sapho», célebre y peligrosa mujer que se hace adorar de todos y á nadie quiere, hasta que cruza el camino de su vida el hombre que despierta bruscamente su corazón, y la hubiese redimido de no interrumpir la tragedia, esta labor de dos sentimientos y una sola aspiración: amarse.

*“Ricardo de la Cruz.*

*Su hermano ha sufrido un ataque de locura. Está recluido en esta casa. Venga en seguida.*

*Doctor Watermann“.*

Como si se resistiera á confirmarse á sí mismo que había leído bien el telegrama que pocas horas antes recibiera en la casa solariega, lejos de los ruidos de la ciudad, Ricardo de la Cruz, excitada su imaginación por el traqueteo del tren que lo conducía á la capital, devoraba sin cesar las cortas y terribles líneas, repitiéndose cada vez: «¡Qué desgracia, Dios mío, qué fatalidad!».

Con el corazón lastimado, Ricardo, al llegar á destino, se trasladó sin tregua ni descanso á la casa de alienados, y se hizo conducir ante su hermano.

¡Pobre Andrés! ¡Quién lo reconociera! Su pálida faz, hollada por negra sombra de barba abundante, y sus ojos, sin esa expresión tranquila de días más venturosos, le habían echado encima veinte años más.

Sin miedo, llevado por su compasión fraternal, Ricardo acercóse á su hermano, le asió las manos y le preguntó con suplicante voz:

—¿Me reconoces, Andrés?... ¿Sabes quién soy?... ¡Dil...

Andrés no le prestó la menor atención al principio; sin embargo, paulatinamente, sus gestos de idiota se trocaron en risas intermitentes que terminaron en una desgarradora carcajada, seguida de furiosos arrebatos criminales contra su propio hermano, al mismo tiempo que gritaba:

—Este... éste es uno de sus amantes... ¡Uno

de sus amantes!...

Los guardianes del asiló forcejearon con Andrés, mientras Ricardo y el doctor volvían al despacho del último.

Bajo la influencia de la fuerte impresión recibida, Ricardo desahogó largo rato su pena en silencioso llanto, tras el cual, más dueño



—¡Este... este es uno de sus amantes!

de sí mismo, se dispuso á oír las explicaciones del doctor:

—La locura de su hermano la ha producido el amor de una mujer, y estas enajenaciones mentales son difíciles de curar.

—¿Quién es ella, doctor?

—Lo ignoro... Las personas que condujeron aquí a su hermano no dieron más que datos superficiales... Por la documentación que hallamos en él, supimos quien era y seguidamente avisamos a la familia...

—Gracias, doctor... Una madre amante y vieja, y un hermano, le deberían a usted la mayor felicidad si su ciencia llegase a curar a Andrés...

—Poniendo todo mi empeño en ello, no haré más que cumplir con mi obligación...

Ricardo escribió a Mary Garden, su prometida, dándole cuenta de los resultados de su visita al infortunado Andrés, de los cuales la rogaba enterase a su madre, a quien se reservaba hacerlo a su regreso a su lado, de viva voz.

Maria, bella flor que se abría esplendorosamente a las caricias del sol, novia de Ricardo por el amor único e inmenso que sintiera en la vida, fué a leerle a la madre de su prometido este final de párrafo: "*... la enfermedad de Andrés desgraciadamente, no ha experimentado mejoría alguna.*"

Las dos mujeres, entristecidas por la confirmación del funesto acontecimiento, se unieron para elevar juntas sus plegarias al cielo, y gracias a las tiernas palabras de la buena Maria, la dolorida madre del loco, y de Ricardo, halló alivio en la amargura de sus lágrimas.

Mientras el pensamiento de la madre se condensaba en su idolatrado hijo demente, y Maria, además, pedía que Ricardo volviese pronto a su lado, para soñar sintiéndole cerca de sí

en la inefable dicha de un nido de amor, en la ciudad, Ricardo tuvo un inesperado encuentro. Se trataba de Teddy, joven aristócrata, muy conocido y conoedor del gran mundo que se divierte. Al reconocerlo, Teddy corrió largo trecho detrás del auto ocupado por Ricardo, llamándole hasta que, ¡al fin! volvió la cabeza, le vió sudar, mandó parar el coche y le hizo subir a él.

—¡Bendita casualidad, Ricardo! ¡Cuánto tiempo sin vernos! ¡Hemos de celebrar el encuentro...! Hombre, ¿qué te pasa?

—No he venido a París a divertirme... y te agradezco sinceramente tu invitación...

—¿Qué te sucede?...

—Mi hermano mayor... está enfermo... en un manicomio...

—¡Caramba! ¿Andrés, loco?... No estaba enterado... Le trataba tan poco! Comprendo tu malhumor, Ricardo... pero, estoy seguro que un poco de distracción te sería muy conveniente. ¿Cuándo piensas marcharte?

—Probablemente, mañana...

—Entonces, ¿quieres serme agradable aceptando que te acompañe a algún sitio? ¿No conoces a la espléndida belleza, hoy de moda? Naturalmente. Vamos al Odeón... quiero que la veas... Se llama Lucia la Roche, pero la conocen por «Sapho».

—Allí ó donde sea, que más da... Llévame donde tú quieras...

—Te aseguro que es una mujer singular, tan atrayente como peligrosa.

Breves instantes después, los dos antiguos amigos llegaron al alegre lugar escogido por

Teddy y tomaron un palco.

En un salón próximo á donde se hallaban Ricardo y Teddy, se hacía mucho escándalo, tanto, que éstos (Ricardo empujado por Teddy) se unieron á varios festivos abonados, entre los cuales Teddy tuvo ocasión de saludar á uno de los más famosos juerguistas, Gregorio Bertink, rico y conocido industrial, *amigo* de «Sapho»... visiblemente contrariado porque, al parecer, ésta no había llegado aún.

Ricardo no pudo fingir el malestar que sentía entre aquellas despreocupadas gentes, y debido á su anormal estado de ánimo, extremó de modo asombroso su rigor contra una de las «señoritas» encargadas de dar animación á la concurrencia. La aludida ofreció una copa de champaña á Ricardo, como lo había hecho con todos los demás; una vez las copas de los favorecidos en alto, la *generosa* mujer pronunció un brindis al dulce vivir del amor...; y, al repeterlo al unísono el coro de admiradores suyos, aquella observó que Ricardo no brindaba; le gritó, bromeando, que lo hiciera, obteniendo como contestación, su rotundo desprecio, al arrojar la copa al suelo.

La brusquedad de Ricardo sorprendió á los presentes sin excepción y fué un rudo ataque al amor propio de la «festiva» mujer.

Teddy, que era solo en conocer la causa de la conducta de su amigo, le tuvo lástima al considerar que las mujeres serian para él una especie de grave peligro, y que quizás se le volverian todas odiosas por lo que una le había hecho á su hermano. Para respetar en absoluto su decisión y no obligarlo con su pre-

sencia á presentarle las naturales excusas, Teddy no siguió á su amigo al palco.

Durante la descrita escena, una mujer de extraordinaria belleza había aparecido en la puerta del salón, á tiempo de presenciara. Sus inquietos y atrevidos ojos negros adquirieron un brillo desconocido en ellos... pues el chaseo recibido por su compañera despertó en su pecho una viva admiración...

¡Esa mujer, era Sapho! El destino hizo que se fijara en Ricardo. Sin preocuparse por lo que iban á decir su amigo y los que estaban con él, Sapho dirigióse hacia el palco de Ricardo, pero Gregorio le salió al encuentro:

—¿Por qué me has hecho esperar tanto, Sapho?

—Déjame ahora, ¿acaso no te quedará tiempo para hablarme luego?

—¿Qué es lo que vas á hacer?

—Déjame te he dicho...

Murmurando furiosamente contra Sapho, Gregorio reintegróse al grupo de sus amigos.

Sapho sorprendió á Ricardo en su palco cuando se disponía á alejarse de allí.

—Perdóneme usted, joven, si mi intromisión en... su vida le causa molestia.

—No tengo el placer de conocerla á usted señorita...

—Mi nombre es Lucia, pero me llaman Sapho.

—¡Ahl... Conocía su apodo.

—Me tomé la libertad de presentarme yo misma porque me ha llamado usted la atención por el aire despectivo con que miraba á... esa gente.

—Tal vez fui demasiado violento, señorita... porque no creo en el amor que aquí se brinda...

La mujer objeto de la cólera de Ricardo, que había notado el interés de Sapho por él, trató de vengarse de los dos, estimulando los celos de Gregorio con estas burlescas palabras:

—No lo ves, Gregorio? ¿No ves que Sapho ya está cansada de tí?

—No me iba á matar por eso; pero puede que ella lo pasara peor... ¡Y á tí qué te importa, vamos á ver!

—Nada, hombre... ¡Pues si que es verdad que no te inquieta que hable con otro...!

Sapho y Ricardo proseguían su diálogo:

—Si creyera usted que todas las mujeres que concurren á estos sitios son la misma cosa, creería usted mal...

—Si... claro... sin embargo, señorita, permítame... En fin, disimule usted mi precipitación... me esperan...

Ricardo se separó en efecto de Sapho con la misma rapidez que sus palabras, y en el pasillo de los palcos, sin saber por qué causa, se detuvo, y en un momento de vacilación inexplicable, exclamó para sí mismo:

—¡Qué extraña y poderosa fascinación despiden los ojos de esta mujer!

Sapho le alcanzó. Protegiéndole con su cautivante mirada, le preguntó ella:

—¿Qué teme usted?

—Nada...—contestó Ricardo.

—No es usted sincero conmigo... Yo, en cambio, le aconsejo que huya de todo lo que no le agrade... Huya de esta casa... sin tardar... para siempre.

—¿Va usted á salir también?

—Si, pero con usted... si no le disgusta mi pretensión... Me atrevo á rogarle me acompañe á tomar el té.

Ricardo, subyugado por la grata expresión de Sapho, accedió á sus deseos de ir á su casa.

En ella, las atenciones de Sapho con Ricardo demostraban clarivamente que un sentimiento poderoso la llevaba hacia él, con todo lo que de amor puro era capaz su alma de mujer á quien el destino no concedió la suprema dicha del verdadero querer.

Mientras tomaban el té, Sapho, entrando de pleno en el terreno de la intimidad, preguntó á Ricardo:

—¿Qué edad tiene usted?

Se oyeron pasos en una habitación lindante con el salón que ocupaban; Sapho tuvo un sobresalto nervioso. ¡Era Gregorio que, revólver en mano, avanzaba hacia ellos, amenazándoles!

—¡Gregorio! ¿Por qué has venido...?

—No me resigno á que no seas mía.

Sapho, segura de su dominio y temiendo por la vida de Ricardo, que se había puesto á la defensa, interpúsose entre los dos rivales y, condenándole su absurdo proceder, dijo á Gregorio:

—¡Vetel... ¿Por qué derramar sangre? ¿Qué saldrías tú ganando?

Humillado y temeroso de perder definitivamente á Sapho con una inoportuna represalia, Gregorio optó por obedecerla en tan apurada situación...

Ricardo estaba lívido y descorazonado. Lo

que acababa de ver era la confirmación de que Sapho era como todas las de su clase, veleidosas y pérfidas... Sin embargo, su actitud frente á aquel hombre celoso, por su causa, halagó sus nobles sentimientos y en la gratitud que sentía alborearon vivos destellos de pasión.

Sapho le atrajo hacia ella implorante, Ricardo estuvo unos instantes indeciso. ¿Cómo podía ocurrirle á él aquella emoción después de haber renegado tanto de la mujer?. ¡Ah, todas no eran iguales! ¡Sapho lo dijo y él necesitaba estar convencido de que en realidad Sapho merecía ser amada como él la estaba amando!

Ricardo y Sapho pensaron lo mismo á un tiempo y, seguros de su mútua voluntad, se arrojaron en sus respectivos brazos, vencidos por misteriosa fuerza...

De repente, Ricardo se desasíó vivamente de las perfumadas cadenas de Sapho, alejóse á un lado del salón, cubrióse el rostro, avergonzado de su debilidad, y al recordar la tragedia de su hermano, su remordimiento se tradujo, sin consideración alguna á sus años ni á su sexo, en desesperado llanto.

Sapho quedóse pasmada, atónita, y por lo mismo la atracción irresistible que ejercía en ella Ricardo, creció en forma tal, que su vida desde aquel peregrino instante, sería para siempre, sin remedio, suya, completamente suya.

Con la ternura de un corazón fervientemente enamorado, ella le preguntó:

—¿Tienes miedo al amor?

—Sí... ¡El amor enloqueció á mi hermano!

—¿Qué? ¿El amor en...? ¿Cómo se llama tu hermano?

—Andrés de la Cruz.

Hubo un silencio en la estancia y una lucha sorda en el pecho de Ricardo y Sapho. Esta, finalmente, obedeciendo al grito de su conciencia, hiriéndose en el alma con tal determinio, tendió la mano á Ricardo y con voz temblorosa le murmuró:

—Adiós...

Ricardo partió al momento; pero al llegar cerca de la puerta de la casa, volvió á tener, como en el Odeón, un instante de duda, que fué aniquilada por su marcha, y convino para sus adentros:

—¿Qué ocurre en mi alma?... ¡Esta mujer...!

Por su parte, Sapho, vacilante, sus bellos ojos extraviados, sin color en su rostro, desesperada, exclamó:

—¡Hermano de Andrés, Dios mio...! ¡Y se lleva toda mi vida!

Entretanto, en una celda de manicómio, un loco, pobre piltrafa viviente, en una violenta crisis, tenía la bárbara visión de la mujer á quien amó y por quien perdió la razón, disputada por una muchedumbre ignorante, ciega, capaz de perderse por ella...

A la mañana siguiente<sup>\*\*\*</sup>, Gregorio fué á despetar á Teddy en su casa:

—¿Quién es el caballero que te acompañaba anoche y que me roba el amor de Sapho?

—¿Quién te ha dicho eso? Lo habrás soñado...Lo mejor es que me dejes dormir en paz; no me acosté hasta las ocho de la mañana.

—No te chanceses, Teddy... Dime si ese hombre es rico, lo que hace, su nombre. Si supiera que puede arrebatarme á Sapho...

—Tranquilízate, volcán: ese muchacho no es peligroso como tú supones. Tiene motivos para apartarse de mujeres como Sapho. Se llama Ricardo de la Cruz.

—¿Cómo? ¿Ricardo de la Cruz?

—Sí; ¿qué pasa?

—Nada; adiós...

—Abur, y otra vez no vengas tan temprano ¡A quién se le ocurre molestar á la gente á las diez!

Resuelto á partir de París aquel mismo día, Ricardo hizo una visita al atento Director del manicomio:

—Regreso á mi pueblo, doctor, y quisiera saber si ha mejorado algo mi pobre hermano.

—Siento decirle, señor, que sigue igual. No hay que hacerse ilusiones...

—En fin, ya lo sabe usted doctor; no debe reparar en gastos para que Andrés sea tratado con las mayores atenciones, y en cuanto ocurra lo más mínimo, avíseme sin demora; eso desde luego sin perjuicio de tenerme al corriente á menudo del curso de la enfermedad de mi hermano.

Gregorio, menos colérico que antes de ir á cortar el sueño á Teddy, visitó á Sapho.

El recibimiento que le fué hecho había sido previsto por él después de la escena de la víspera. No obstante, estaba más tranquilo, mejor dispuesto á arreglar el asunto...

—He venido á que me digas á qué obedece tu conducta para conmigo.



—He venido á que me digas á qué obedece tu conducta...



—¿Acaso no lo has comprendido aún?

—¡Nol... Quiero que me hables con toda claridad...

—Pues sea: no me resigno por más tiempo á seguir viviendo como una esclava...

—¿Te tuve jamás como á tal?

—Quisiera ser libre porque amo; porque siento en mí algo que me atrae... una mano protectora que conoce el buen camino...

—Me asombras, Sapho... ¡Quién lo dijera!... Pero como no estoy dispuesto á sufrirte esta extravagancia... tan sólo me resta decir á Ricardo de la Cruz que tú has ocasionado la pérdida de su hermano y...

Esta revelación significaría para Sapho el fracaso del amor que naciera en su alma, y se defendió como una mujer astuta y enamorada.

Fingiéndole el ardid, le detuvo en sus palabras amenazadoras de venganza:

—¿No has comprendido que he querido probar una vez más tú cariño?

—Eso no es cierto, Sapho...

—No seas bobo, Gregorio. ¿Qué interés podría tener en abandonarte por un pobre iluso con una escasa renta?

—Sin embargo, á pesar de lo que me afirmas...

—¡Basta, te digo! Hombre incrédulo, niño y celoso, ven á mí, abrázame... y dime si esto no es amarte...

Sapho venció á Gregorio en toda la línea pues éste, al marcharse, tenía la absoluta convicción de que había hecho mal en juzgarla tan á la ligera y en la forma absurda empleada.

Después de haber enviado un telegrama á

Maria Garden, su gentil prometida, que decía: "*Llego esta noche tren de las nueve. Avisa á mi madre.*" Ricardo, empujado por una intensa gratitud hacia la mujer que le llegó á impresionar por la espontánea simpatía que le demostró, volvió á verla para despedirse:

—¿Es cierto que se va usted?

—Sí, y me consideré en la obligación de despedirme de usted. No le oculto á usted, señorita, que conservaré un grato recuerdo de nuestra breve amistad.

—Pero ¿es posible que puedas marcharte? ¡No, no, Ricardo! ¡Despedirte, no! ¡Nol... Llévame contigo... Eres el primer hombre que llega á mi corazón. No quiero dejarte nunca... ¡Nunca!...

—No puedo, Sapho, no puedo...

—No viviría sin tí... ¡Te amo, te amo tanto!... Si, créeme... Así... al fin... enlazados para toda la vida...

—¡Sapho, mi Sapho... por qué te conocí...!

—Quiero hacerte feliz... ¡Si supieras cuánto deseaba llegar á amar á un hombre como me han amado á mí...!

—¿Me amarás siempre? ¿Ese amor tan inmenso en que tú soñaste y que cumple mi mayor anhelo será imperecedero?

—Yo sólo sé que te vi, te amé y mi alma te entregué....

En la estación del tranquilo pueblo donde residía Ricardo con su madre, Maria aguardaba impaciente la llegada del tren que conducía á su novio... pero Maria esperó en vano, con dolor, aquella noche, el regreso de Ricardo.



—¿Qué edad tiene usted?

—¡No ha venido!—musitó decepcionada.

Mujer de talento y mujer apasionada, Sapho escogió para retener totalmente á Ricardo, una playa pintoresca, en donde nada le recordase el pasado de su vida.

Todo parecía de color de rosa...

Y Sapho, que con el amor sintió surgir en su alma la natural delicadeza de sus sentimientos, se consideraba feliz al lado del hombre á quien debía este dichoso cambio.

Por su parte, Gregorio no permanecía inactivo. Burlado por Sapho, ansiaba poder demostrar á la inconstante que no había quien pudiera reírse de él. Para saber su paradero, nada tan fácil como ir á preguntarlo á la oficina del manicomio donde estaba encerrado Andrés. Por supuesto, el doctor debía haber recibido el cambio de dirección de Ricardo en previsión de cualquier novedad. Sabedor de que Sapho huyó con éste, necesariamente donde estuviera él uno hallaría á la otra.

Conforme lo supuso, Gregorio obtuvo el dato que le interesaba y concibió un plan nacido del odio hacia Sapho.

Era la hora de recreo de los asilados. El amplio jardín tan ufano de verdeante vegetación, era el paraíso de los infelices dementes que recibían en él las caricias del sol y el beneficio de la libertad por unos momentos.

Gregorio se disponía á alejarse de aquel triste lugar; se hallaba ya cerca de la verja del jardín, cuando un loco, con furia de tal, se abalanzó sobre él, le clavó las uñas en el cuello, y lo iba á estrangular. A tiempo de evitar el cri-

men, acudieron los guardianes, que tuvieron que aplicarle al alienado la camisa de fuerza.

A pesar de todo, el loco seguía en su tremenda crisis; se reía y lloraba á un tiempo con tanto dolor que partía el alma...

Ese loco... ese pobre ser... ¡era Andrés! En su locura había recordado que Gregorio no le era desconocido...

Esta escena, que hubiera podido serle fatal, avivó en Gregorio sus deseos de hacer pagar una vez por todas, á Sapho, la peligrosa mujer, su censurable conducta, causa de la ruina de muchos, y fué breve en decidirse á trasladarse á donde Sapho y Ricardo habían refugiado su amor inmenso.

Era la mañana.

Sapho se desesperaba aún en su mullido lecho. Ricardo había salido á dar un paseo según era en él costumbre.

Siguiendo las indicaciones facilitadas por un empleado del hotel donde tuvo conocimiento que se hospedaban los fugitivos, Gregorio alcanzó á Ricardo en el rompeolas de la playa y le habló de esta manera:

—No se alarme usted, caballero, vengo por su bien. El destino hizo que usted me conociera en un momento de exaltación irremediable, cosa sin ningún género de duda, ridícula á mi edad, y hoy, seguro de prestarle un buen servicio, quiero que sepa usted á quien debe su infortunio su pobre hermano.

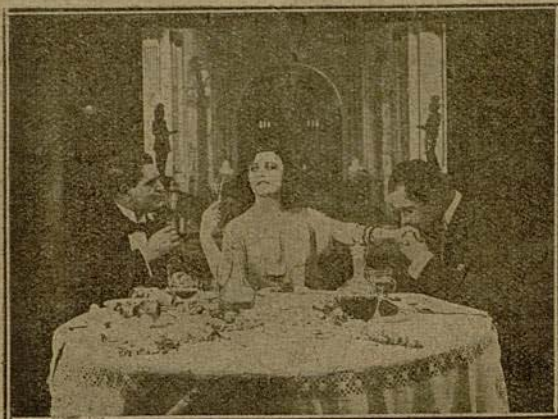
—¿Usted lo sabe? ¡Hable usted!... ¡Dígame cuánto sepa!...

—En primer lugar, le ruego analice como hombre y como hermauo, mis palabras, los

efectos y las causas...

—¡Hable usted! Se lo suplico...

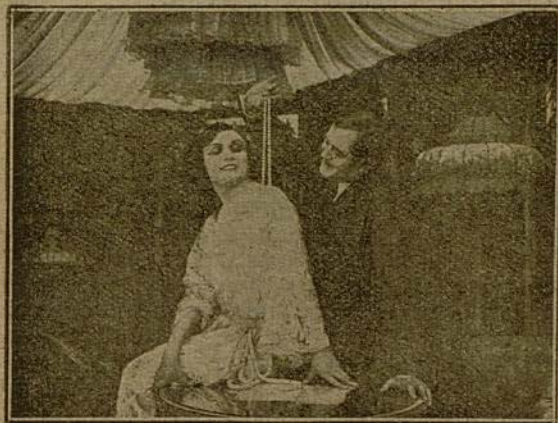
—Cuando conocí a Sapho, su hermano Andrés desempeñaba el cargo de ingeniero en mi fábrica de automóviles. Él era amigo de Sapho, á la que yo enamoraba prescindiendo de si otro mandaba en ella. Nuestra amistad, desde luego, fué ocultada á la menor suspicacia de Andrés. A pesar de nuestra discreción, una noche que le invité á cenar en mi casa con



—.. una noche que le invité á cenar, en mi casa, con Sapho...

Sapho, y aproveché una oportunidad para regalar á ésta un valioso collar de perlas, para atraérmela por completo, su hermano descu-

brio la verdad de mi interés en recibirlos á menudo á mi mesa. Con un alto sentido de dignidad, Andrés disimuló delante de nosotros el rudo golpe que había recibido.... Unos días después, hicimos las pruebas de resistencia de un auto inventado por Andrés, con Sapho á mi lado y él al volante. El espejo saliente hacía



—... aproveché una oportunidad para regalar á ésta...

la derecha del parabrisas debió revelar á su hermano que en efecto Sapho le hacía traición, pues ella se abrazó á mi cuello, y el consiguiente desespero le despojó de la razón y le hizo intentar estrellarnos lanzando el coche á toda velocidad. Nuestra muerte era segura;

pero gracias á la serenidad de Sapho, que se apoderó á tiempo del freno, conjuramos el peligro inminente. Sapho y yo salimos ilesos;... en cuanto á su hermano... ¡estaba loco!

Cumplida su venganza, Gregorio desapareció, no sin antes ser visto por Sapho.

Ricardo, lívido y anonadado, sufría atrocemente. El desengaño era de muerte.

Y cuando Sapho se le acercó, Ricardo, vendiéndose á sí mismo, le dijo:

—¡Aparta...! No eres digna de mi corazón....

Sapho vió derrumbarse en un instante la formidable torre de su ilusión....

Ricardo arrepentido de haber llegado á amar á Sapho hasta el punto de olvidarse de los suyos y de su promesa de fidelidad á la cándida María, con ansias tan grandes que la colocaron en su corazón con una fuerza invencible de la que pugnaba en vano por librarse, tuvo que inmolar la dicha que con ella sintiera á otro ideal mejor, su madre, y por no sentir el remordimiento de haber entregado su cariño á la mujer por cuya causa Andrés vivía apartado del mundo.

El regreso al hogar trajo nuevas alegrías. Para la anciana madre, fué la tranquilidad; para María, la confirmación de que no había sido olvidada como su corazón parecía temerlo, y su pureza espiritual no vió que Ricardo volvía muy cambiado.

Para consolar su persistente amargura, Ricardo no pudo ocultar á su madre lo mucho que sufría. Estimulado por las caricias de la santa mujer que pasó toda su vida pidiendo á

Dios por la felicidad de sus idolatrados hijos, la contó la historia de sus relaciones con Sapho, sin olvidarse de presentarle á ésta como la culpable de la locura de Andrés.

La digna anciana puso á contribución toda la ternura de su ser para consolar al único hijo en cuyo cariño confiaba mitigar el acerbo dolor que le producía el recuerdo de la desgracia de Andrés, y, sin reprocharle lo que el destino le puso en camino de hacer, atrajo su rostro hacia su pecho amante y lloró con él. ¡Ah, viejecitas sublimes que tanto sabeis y tanto amais! Luego, reconociendo en él al obediente chiquillo de antaño, le aconsejó:

—Hijo mío, traes los aires malos de la ciudad; olvida á esa mujer causante de nuestra aflicción y vuelve á María que no perdió nunca la fe en tí. Ella, inocente y pura, te hará olvidar....

—Sí, madrecita mía.... Quiero que seais las dos muy felices, pues mucho lo merecis.

—Ve, pues, hacia ella, Ricardo.... Mirala; te está esperando... dile lo que tú sabes le gusta oír de tus labios. Allá, de donde vienes, no puede haber para tí sonrisas como las tuyas, ni corazón tan hermoso en el que tú podrías caber mejor.

Ricardo obedeció á su madre y paseóse por el jardín de la casa solariega con su prometida. Luego se sentaron en un banco del camino; Ricardo procuró repetir á María sus estrofas de amor de poco tiempo atrás, mas no pudo, y hubo de disimular los vivos deseos de quedarse solo para mejor dirigir su pensamiento hacia la única mujer que era su obsesión: ¡Sapho,

siempre Sapho!

Ni el leve roce de las manos de Maria que antes le producía una dulce sensación de felicidad, pudo entonces despertar á Ricardo á sus antiguas costumbres y sentimientos.

Las caricias de Maria no eran ¡ay! las mismas.

A fin de que Maria no sospechase que habia otra mujer entre ella y Ricardo, la madre de éste desvirtuó la verdadera causa de su tristeza atribuyéndola á la locura incurable de Andrés.

Durante este tiempo, Sapho, expulsada por orden de Gregorio, de la lujosa casa en la que él la habia instalado, y sin la ayuda de nadie, vióse precisada á ir á habitar en un cuarto-piso de una modesta casa.

Sinceramente inconsolable por la pérdida de Ricardo, su único amor, Sapho recordó al loco, y esta remembranza la atrajo inconscientemente á la mansión de horror.

Al encontrarse frente á la celda ocupada por Andrés, Sapho pasó por una fuerte crisis de miedo, justificado si el loco la reconocía, pero supo dominarse y tuvo la suficiente sangre fria para presentarse ante él. La pasividad demostrada al principio por el loco daba á suponer que no se habría de lamentar ningún incidente. No obstante, de súbito, Andrés púsose á contemplar á la mujer que le visitaba y finalmente debió reconocerla, pues, en un violento arranque se arrojó á sus pies. La escena que se desarrolló fué tremenda; Sapho no pudo resistirla y hubo de ser sacada á fuera, casi desmayada, mientras el demente forcejeaba

con sus guardianes por alcanzarla. Y Sapho comprendió que en su misma locura Andrés la seguía queriendo.

Algunos dias después, <sup>\*</sup><sup>\*</sup> Teddy, el aristócrata juerguista, amigo de todos los adoradores de la luna (vulgo trasnochadores) visitó á Sapho



*...Sapho pasó por una fuerte crisis...*

en su nuevo pisito.

—No me puedo explicar el efecto que me produce el verte vivir en esta buhardilla.

—Aqui arriba, amigo Teddy, el aire sin obstáculos ventila mejor las ideas.

—Pensando sólo en lo que tú has sido y en lo que tú vales, nadie comprende por qué te

causa tanto pesar un hombre que te ha despreciado... y que se casa mañana.

—¿Qué se casa Ricardo? ¿Quién te lo dijo?

—El periódico lo dice claramente.

—Pero ¿es cierto? ¡Me ha olvidado...! ¡Ea, qué me importa! Se casa, bien está. Entonces... ¡yo también quiero olvidar! Volveré á mi antigua vida... ya que de ella no pude salir para siempre.

Ya verás como ahora reinarás con más esplendor que nunca. Hay expectación por volverte á ver.

—¡Sí!... ¡A gozar!... Iremos al baile de la Gran Opera... Quiero olvidar... ¡Quiero aturdirme! ¡Ahl... ¿Conque se casa, eh?...

En efecto, Ricardo, sacrificándose por complacer á su madre, se casó con Maria; pero al sentarse á la mesa, para festejar los esponsales con una comida de familia, y al brindar uno de los invitados por la felicidad de los jóvenes esposos, la imagen de Sapho borrando la de Maria á los ojos de Ricardo, le produjo tan enorme impresión que, sin dar tiempo á nadie de impedirselo, huyó de la casa en un coche hacia la estación, para regresar á la capital.

Es fácil concebir el disgusto sin calificativo que la fuga de Ricardo ocasionó á los suyos, y la herida que ésta produjo, cual estilete venenoso, en el corazón de la desposada y de la desconsolada madre.

Ricardo buscó á Sapho, por la noche, en la ciudad, en los lugares que solía frecuentar, y al fin enterado del baile de máscaras de la Opera, tuvo el presentimiento de hallarla allí.

Y allí la vió en un palco, Ella, al reconocerlo, se sintió renacer, y olvidando á su acompañante, le invitó, con el gesto, á subir, para



*Ella, al reconocerlo,...*

ir á ocupar otro palco libre y aislado. En él se confirmaron su amor sin límite:

—¡¡Sapho de mi almá!... ¡Cómo temí no volverte á ver jamás!

—¡Mi Ricardo, niño amado! Tú eres el cantante de que haya vuelto aquí.

—No me lo recuerdes... ¡Tú eres la única mujer que yo puedo amar en esta vida!

En este momento apareciósele el loco que había conseguido burlar la vigilancia de los empleados del asilo. La visita de Sapho había producido en él una extraña crisis, como si intervalos de lucidez le recordaran los sitios conocidos y frecuentados. Los criados de Gregorio, á cuya casa había ido suponiendo que en ella hallaría á Sapho, le dijeron que el señor estaba en la Gran Opera; y allí se dirigió Andrés figurándose que Sapho estaba con él.

La sorprendió al llamar á Ricardo, oculto entre la muchedumbre.

Sapho y Ricardo iban á defenderse contra el loco que tendía sus brazos á la primera. Pero todos sus esfuerzos fueron frustrados porque el loco empujó á Ricardo hacia el palco propiamente dicho, encerrándose con Sapho en el antepalco.

Ricardo se asomó al borde del palco pidiendo ayuda á gritos, presa de indescriptible error.

El socorro llegó tarde: Sapho yacía en el suelo sostenida su cabeza por las manos del demente, que se figuraba velar su sueño.

El loco, tranquilo, miró á los presentes con naturalidad, y poniéndose un dedo sobre los labios, les dijo:

—¡Silencio...! ¡Duerme!

A no ser su hermano la víctima justiciera de Sapho, Ricardo le habría arrebatado la vida en justa venganza....

Y la que vivió una existencia de bullicios,

interrumpió trágicamente el de un gran baile, cuyos concurrentes formaron respetuosos su cortejo fúnebre...

Algún tiempo después, la calma volvió al quebrantado cerebro de Ricardo, una férrea voluntad le hizo merecer el perdón de su buena esposa, y todavía los fulgores de la dicha se enseñorearon de la noble casa solariega.

Y sólo podía empañar el cielo sereno de su felicidad, el recuerdo del infortunio de Andrés, condenado por el destino á vivir alejado del mundo....

FIN.

(Prohibida la reproducción sin mencionar procedencia)

---

Talleres gráficos E. VERDAGUER MORERA

Topete, 2 al 16 — Tarrasa



## ¡COLECCIONISTA!

No vacile usted en adquirir en seguida los números publicados de nuestra publicación, pues son tantas las demandas que de todos los corresponsales se reciben, que de nuevo van á agotarse las reimpresiones hechas.

Además, preparándose una verdadera y gran sorpresa, sentiría usted no tener completa nuestra colección de novelas y postales por lo que

Alerta y dése prisa en adquirir los números que le falten,  
en

**Todos los kioscos**

**Todas las bibliotecas de las  
estaciones de F. C.**

**Todos los buenos corresponsales  
de España.**

Números corrientes: 25 cts.

Extraordinarios: 50 cts.

**¡No espere usted más tiempo!**

## La Novela Semanal Cinematográfica

### Números publicados

1, No hay juegos con el amor (3 ediciones). 2, El Valle Florido. 3, Amor de madre. 4, La Virgen de las Rosas. 5, La culpa ajena. 6, De hombre á hombre. 7, Una mujer. 8, Pesadillas y supersticiones (extraordinario). 9, Desinterés. 10, El Hábito. 11, Jimmy Sansom, El Aventurero. 12, La primera novia. 13, El pequeño Lord Faunteroy (primera jornada). 14, El pequeño Lord Faunteroy (segunda jornada). 15, La tormenta. 16, Flor de amor. 17, La Pantera Negra. 18, Bajo dos banderas. 19, Corazón de lobo. 20, Sueños juveniles. 21, El mundo y la mujer. 22, Corazones humanos. 23, El premio gordo. 24, La desconocida. 25, Robin de los bosques (extraordinario). 26, La Verdad Desnuda. 27, El octavo no mentir. 28, Cleo la francesita. 29, La hija del pasado. 30, La chica del taxi. 31, La hija de los traperos. 32, El príncipe escultor. 33, Llovido del cielo. 34, Mujeres frívolas. 35, Al calor del hogar. 36, Sapho.

### Postales-fotografías

1, Douglas Fairbanks. 2, Mary Pickford. 3, Charles Chaplin. 4, Perla Blanca. 5, Antonio Moreno. 6, Priscilla Dean. 7, Eddie Polo. 8, Mary-Douglas. 9, Francesca Bertini. 10, Harold Lloyd. 11, Constance Talmadge. 12, Frank Mayo. 13, Marie Prevost. 14, Ben Turpin. 15, Pina Menichelli. 16, Livio Pavanelli. 17, Norma Talmadge. 18, Tom Mix. 19, Gladys Walton. 20, Aimé Simon Girard. 21, June Caprice. 22, Sessue Hayakawa. 23, Alice Brady. 24, Georges Biscot. 25, Hesperia. 26, Harry Carey. 27, Mary Miles Minter. 28, Charles Ray. 29, Ruth Roland. 30, William Duncan. 31, Pola Negri. 32, Wallace Reid. 33, Elena Makowska. 34, Jorge Walsh. 35, Viola Dana. 36, Camilo de Riso.

# La Novela Semanal Cinematográfica



Precios de suscripción  
(pago anticipado)

Barcelona y provincias

Año . . . . . 12 pesetas  
Semestre. . . . . 7 "

Extranjero

Año . . . . . 18 pesetas  
Semestre. . . . . 10 "

Portugal, América y Filipinas

Año . . . . . 14 pesetas  
Semestre. . . . . 8 "

Los señores suscriptores de provincias pueden efectuar los pagos por medio de Giro Postal